

LA TEOLOGÍA DE LA CRUZ

Reflexiones sobre la cruz de Jesús y la nuestra

Daniel M. Deutschlander

Traducido al español por Ruth Rodríguez de Haeuser y David Haeuser

MSELP

Lima, Perú

2013

The Theology of the Cross, by Daniel Deutschlander © 2009
Northwestern Publishing House
Milwaukee, Wisconsin
All rights reserved.
Translated and distributed with permission.

La teología de la Cruz, por Daniel Deutschlander © 2009
Northwestern Publishing House
Milwaukee, Wisconsin
Todos los derechos reservados.
Traducido y distribuido con permiso.

Las citas de la Escritura son tomadas de la SANTA BIBLIA, VERSIÓN REINA VALERA 1995.

Citas tomadas de las Confesiones Luteranas son tomadas del Libro de Concordia, editado por Dr. Andrés A. Meléndez. Publicado por Concordia Publishing House, St. Louis, Missouri, 1989.

Se reservan todos los derechos. Esta publicación no puede ser copiada, fotocopiada, reproducida, traducida o convertida a ninguna forma de lectura electrónica o mecánica totalmente o en parte, excepto por breves citas, sin aprobación previa por escrito del publicador.

MSELP
Lima, Peru
2013

ÍNDICE

PREFACIO	4
1 ¿Qué es la teología de la cruz?.....	7
2 La paradoja.....	32
3 Astillas en la cruz.....	56
4 Astillas bajo la cruz.....	74
5 La teología de la cruz y el Dios oculto	93
6 El Dios oculto en el cristiano	115
7 Cruces – Una selección.....	131
8 Las cruces especiales de los pastores y la iglesia visible.....	154
Apéndice 1	175
Apéndice 2	178

¡He aquí la gloria oculta de la cruz!

PREFACIO

En cada época, la iglesia ha tenido que ocuparse de las pruebas decisivas de la ortodoxia. La prueba decisiva ayuda al cristiano a distinguir entre el cristianismo verdadero, bíblico por un lado, y las versiones falsas y corruptas de la fe por otro. Un famoso teólogo dijo que las pruebas a través de los siglos podrían ilustrarse con la figura de un edificio. Durante los primeros tres o cuatro siglos, los ataques contra el cristianismo fueron dirigidos principalmente a la cruz de arriba, cuando los herejes atacaron las enseñanzas de la Biblia con respecto a la persona de Cristo. El Credo Niceno fue la respuesta de la iglesia fiel a esos ataques. Durante los próximos mil años, la prueba decisiva del cristianismo verdadero se ocupó del cuerpo del edificio de la iglesia, es decir, la definición de lo que la iglesia misma es, su mensaje fundamental, la naturaleza de su autoridad y su obra. La Reforma, en gran parte, trató esas cuestiones. A partir del siglo XVIII, la prueba decisiva se ocupó del fundamento sobre el cual la iglesia se basa, sobre el origen y la autoridad de las Sagradas Escrituras. En otras palabras, ¿son la palabra infalible y verbalmente inspirada de Dios y la única autoridad para la doctrina y la vida de la iglesia, o son registros meramente humanos y falibles de lo que la gente creía en los días cuando los diferentes libros de la Biblia fueron escritos?

¿Cuál es actualmente la prueba decisiva del cristianismo verdadero? Las pruebas antiguas nunca se pueden hacer a un lado por completo; los ataques contra la persona y la obra de Cristo, los ataques contra el propósito y la naturaleza de la iglesia, los ataques contra la fuente y la autoridad de la Biblia se renuevan en cada época. Y, sin embargo, cada época tiene su propia prueba decisiva además de estas pruebas universales y que siempre resurgen. ¿Cuál puede ser una prueba decisiva especial en nuestros días? ¿Podría ser la teología de la cruz que separa el cristianismo verdadero del corrupto y las versiones falsas de él?

Vemos por todas partes un deseo de hacer que el cristianismo sea divertido y despreocupado. Algunas iglesias y sus líderes se atreven a alegar que Dios realmente quiere que los cristianos siempre estén saludables, sean ricos y sabios. Otros hacen que los oficios divinos sean horas de autodescubrimiento; el objetivo es que el cristiano se realice personalmente y tenga mejor carácter. Si la persona aprende a llevarse mejor consigo mismo, entonces se llevará mejor con todos los demás, y Dios debe estar contento por eso. Otros están obsesionados con la idea de que la verdadera iglesia debe ser exitosa, grande e influyente en la política nacional y mundial. Dentro de la iglesia, sin importar la etiqueta confesional que la iglesia particular pueda llevar, muchos miembros quieren ser su propia biblia; quieren la libertad de escoger y elegir la doctrina en la cual creer y la conducta para alabar o condenar. Sus elecciones cambian con las circunstancias del momento, y ay de aquel predicador que basándose en las Escrituras les diga que están equivocados y que Dios

condena sus elecciones. Todo eso es la teología de la gloria, una teología que permite al hombre ser su propio dios, y al Dios de la Biblia lo vuelve en una criatura sujeta a los caprichos personales del momento.

El Dios de la Biblia, el Dios único y verdadero, sin embargo, es el Dios de la cruz. Jesús nos llama a someternos a su cruz y luego a llevar la cruz que nos envía con la cual nos marca como suyos. No vino a entretener, sino a redimirnos con su sangre. No nos llama para que seamos nuestros propios dioses, sino para arrodillarnos humildemente ante su cruz en total sumisión a su palabra y luego a la cruz que a él le agrada enviar. La cruz que él mismo envía siempre y por necesidad y definición significa lucha para nosotros. La cruz no es simplemente un adorno que se lleva en el cuello, sino dolor que se lleva en el corazón y en el alma. Jesús nos llama a la cruz y nos envía una cruz tras otra para que la llevemos. Nos pide que lo imitemos tropezando bajo el peso a veces abrumador de la cruz y supliquemos angustiados como él lo hizo en medio del dolor. Todo eso parece ir muy en contra de nuestra cultura. Buscamos el placer, y para cada dolor debe haber un remedio instantáneo. Somos adictos al entretenimiento y también queremos que la iglesia sea entretenida. Rechazamos cualquier idea de que vivimos en un valle de lágrimas, en *einem rechten Jammerthal*, como nuestros antepasados lo expresaron. Pensamos que cualquiera que tenga dolor físico o espiritual debe estar enfermo y necesita terapia para que esté contento otra vez, ¡y pronto!

Al mismo tiempo, la Biblia nos dice que en medio del sufrimiento y bajo la cruz, debemos regocijarnos. Sí, nos dice que nos regocijemos constantemente y precisamente porque sufrimos bajo el peso de la cruz que nos abruma y amenaza con destruirnos. Nos asegura una y otra vez que los que se regocian sin la cruz y los que sufren sin gozo no comprenden el verdadero gozo ni el valor de la cruz que Dios ha enviado.

Por lo que volvemos nuevamente a la pregunta: ¿Podría la teología de la cruz ser la prueba decisiva del verdadero cristianismo en nuestros días? La corrupción y la falsedad hacen a un lado todo el concepto de llevar la cruz a favor del gozo sin ella. El falso cristianismo ofrece al cristiano una imitación de la gloria de Cristo en el cielo, no de su humillación en la tierra. La iglesia falsa y la artificial vuelven la adoración en una hora espiritual alegre carente de arrepentimiento, con absolución barata, sin pensar en tomar a Dios seriamente en la ley ni en el evangelio. Y a la gente le encanta. Aún pueden ser su propio dios, su propia biblia, su propia fuente de verdad fundamental y de salvación.

En las siguientes páginas, buscaremos la actitud de Dios, como la ha revelado en su palabra santa e inerrante, para su definición de la fe cristiana y la vida bajo la cruz, bajo su cruz y la nuestra. Lucharemos con la aparente contradicción de la necesidad de llevar la cruz y regocijarse al mismo tiempo. Nos esforzaremos por doblegar nuestra mente y nuestro corazón y nuestra alma bajo su cruz y la nuestra. Luego nos levantaremos bajo el bálsamo curativo del evangelio en su palabra y sus sacramentos para regocijarnos eternamente en su cruz y la nuestra, hasta que nos lleve de la imitación de su cruz al gozo de su gloria celestial.

¡Que Dios bendiga la meditación de su palabra y la cruz para la gloria de su nombre y el fortalecimiento de nuestra vida de él, para él y en él!

1

¿Qué es la teología de la cruz?

Cuando primero escuchamos la frase *teología de la cruz* no vacilamos en cuanto a su definición. Después de todo, de lo que trata el cristianismo es de la cruz, la cruz de Cristo. Por supuesto, con una *teología de la cruz* queremos decir una teología que está centrada en Cristo y en su cruz, en la obra de nuestra redención. Desde luego, cualquier teología digna del nombre siempre está marcada con la cruz de él, quien murió por nosotros para salvarnos y luego resucitó para proclamar su triunfo para nosotros sobre la muerte y el infierno. Su cruz y resurrección son el principio, la mitad, el fin, el todo de nuestra teología, nuestra fe en esta vida y nuestra esperanza del cielo en la vida que viene. Pero cuando hablamos de la *teología de la cruz* en la teología dogmática, hablamos no sólo acerca de la cruz de Cristo, sino también de nuestra cruz, la cruz del cristiano en su vida de fe. Sin perder nunca de vista la cruz de Jesús, es la cruz que él nos envía a nosotros la que ocupará también nuestra atención en este libro. La centralidad de su cruz nunca estará lejos de nuestra mente, y ésta será nuestra principal preocupación en el centro del libro. Pero en gran parte de esta obra nuestro enfoque estará en los resultados de su cruz en nuestra cruz; examinaremos cómo las dos nunca están separadas, cómo están entrecruzadas, y cómo una define a la otra en cuanto al contenido y propósito. Es, como tendremos ocasión de repetir frecuentemente, su sola cruz la que salva. Es la cruz que nos envía la que resume gran parte de nuestra vida de esperanza y expectativa para la gloria que todavía va a ser revelada en la eternidad.

Jesús mismo nos da el motivo para hablar así respecto a la relación entre su cruz y la nuestra, respecto a la centralidad de su cruz para nuestra salvación y nuestra cruz en la vida que es fiel a él y a su palabra. Promete que llevaremos la cruz como una consecuencia necesaria de seguirlo. Nos explica en detalle con una gran claridad cuando declara:

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará, porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Por lo tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. (Mc 8:34-38)

Al considerar la teología de la cruz, queremos examinar esta promesa de Jesús cuidadosamente. Cada palabra que dice sobre el tema de la cruz del cristiano está escogida con mucho cuidado. Y el tema mismo es tan importante y amplio que abarca toda la vida del cristiano sin ser exactamente lo mismo de un año a otro o de una persona a otra. Por lo tanto, consideraremos en primer lugar aquellos aspectos de la teología de la cruz que la definen y que se aplican universalmente. En los capítulos posteriores, examinaremos aspectos particulares y cambiantes de la cruz en la vida del cristiano y en la vida de la iglesia.

Características de la cruz del cristiano

Considere primero que Jesús hace la cruz para sus seguidores una *consecuencia*, no una causa, del discipulado. Está dirigiéndose a aquellos en quienes el evangelio ya ha creado fe y que ahora desean seguirlo. Inmediatamente antes de la promesa de la cruz para sus discípulos, Jesús habló sin rodeos de su propia cruz, de su inminente pasión y de su resurrección después de su sufrimiento. Es su cruz la que salva, no la nuestra. Y tampoco nuestra cruz contribuye a nuestra salvación, ni en lo más mínimo. Incluso nuestra fe es un don que viene de su cruz, de la proclamación del evangelio que hemos sido redimidos por su sola cruz y no la nuestra. Fue después de que anunció la obra salvadora que estaba a punto de cumplir para nosotros que se volvió a la multitud y a sus discípulos y anunció una *cruz como resultado* para todos los que en esa fe lo seguirían.

¡Qué horribles debieron haber parecido esas palabras a todos los que las escucharon! Es más, Pedro habla por todos nosotros según la carne cuando lleva a Jesús aparte para decirle a su Señor que tal cosa como una cruz para el Hijo de Dios era totalmente imposible. Cuando Jesús entonces anunció que no sólo él, sino todos los que lo siguieran llevarían una cruz, Pedro ha de haberse quedado muy desconcertado y sin palabras. Si no quería que Jesús llevara una cruz, no debemos esperar que albergara la posibilidad de llevar él mismo una.

La cruz para el cristiano es una consecuencia del discipulado. Es una *consecuencia necesaria*. ¡Sin cruz, no hay cristiano! La cruz es la que marca al cristiano como cristiano. Aquellos que se avergüenzan de la cruz en esta vida, tanto de la de él como de la propia, verán que el Hijo de Dios se avergonzará de ellos en el día del juicio. ¿Podría haber una perspectiva más horrible que ésta? ¿Podría haber un martillo que golpeará más fuerte nuestra carne pecaminosa? La carne no quiere saber nada de una cruz y desde luego que no desea llevar ninguna. Pero Jesús es insistente y hace todo el asunto todavía más enfático al poner todo en singular. No *todos aquellos* sino *alguno*. No *ellos* sino *él*. Ni una sola alma que lo siga podría pensar jamás que podrá esconderse sin la cruz entre la multitud de los que llevan la cruz y escapar de su peso y su dolor. Ningún cristiano debe imaginarse que podría encontrarse con Jesús en el día del juicio sin la señal de la cruz.

Una tercera característica de la cruz, una característica envuelta en la palabra misma, es que la cruz es *pesada y dolorosa*. El dolor e incluso ser consciente de la cruz puede cambiar de un

año a otro en la vida del cristiano. Sin embargo, hay una cruz; debe haberla. Un sermón desde el púlpito o una lección en el salón de clase, por lo tanto, que trata de hacer parecer el cristianismo sin dolor, sin esfuerzo, fácil, entretenido o sólo un paseo del domingo por la mañana al lugar de fiesta de las almas es un falso cristianismo. Lutero lo expresó bien en su Catecismo Mayor. En sus comentarios sobre la Tercera Petición del Padrenuestro dice esto:

Allí donde la palabra de Dios es predicada, aceptada o creída y da frutos, no faltará la bienamada santa cruz. Nadie debe pensar que tendrá paz, sino que ha de sacrificar cuanto posee en la tierra: Bienes, honor, casa y hacienda, mujer e hijos, cuerpo y vida. Esto le duele a nuestra carne y al viejo Adán, puesto que la consigna es perseverar y con paciencia padecer los ataques y abandonar lo que nos quitan. (Catecismo Mayor, Padrenuestro, párr. 65, 66; Libro de Concordia, p. 458).

Todas estas calamidades pueden sobrevenir como resultado del evangelio y les han ocurrido a muchos debido a su fidelidad a la palabra. El que estas calamidades no siempre vengan es sólo porque Dios con frecuencia ha elegido perdonarnos. El punto es que debemos tener un modo de pensar que comprenda y esté listo a dejar ir todo debido al evangelio. Señala lo mismo en su gran himno “Castillo fuerte es nuestro Dios”, especialmente en la cuarta estrofa (Culto Cristiano 129). ¡Aun si nuestra cruz no tiene las dimensiones y el peso de lo que describe Lutero en el Catecismo Mayor, sin embargo habrá una cruz; tiene que haber una cruz!

La liturgia aborda las necesidades de los que llevan la cruz

La liturgia del domingo por la mañana supone la constancia de la cruz en la vida del cristiano. La liturgia va dirigida a los que llevan la cruz. No vamos a la iglesia a hacer lo que queremos, como tampoco vamos a la sala de emergencia del hospital para hacer lo que queremos. Vamos a ambos lugares heridos; necesitamos la ayuda que solamente proviene de otro. Vamos a ambos lugares para ser sanados, donde nuestra opinión y preferencia no tiene consecuencia; sólo importa la opinión del que sana. La confesión de pecados supone que acudimos a la casa del Señor con dolor, con gran dolor de corazón deseando el bálsamo y el unguento que calma del perdón y la paz de Dios debido a nuestra condición todavía pecadora y las pruebas abundantes de esa condición en nuestra vida. El clamor en el “Kyrie”, “Señor, ten piedad”, es el clamor hasta del pecador perdonado, que reconoce su debilidad constante tanto en el cuerpo como en el alma. Viene de un corazón de alguien cuya vida sabe que las necesidades del cuerpo y del alma no se pueden sustentar sin la misericordia de Dios. Incluso el jubiloso “Gloria in Excelsis” repite nuevamente el estribillo del que lleva la cruz: “[Jesucristo] ten piedad de nosotros... recibe nuestra oración... ten piedad de nosotros”.

De principio a fin, todo el oficio divino va dirigido a las diferentes necesidades del cristiano bajo el peso de la cruz. Al mismo tiempo, ofrece abundantes oportunidades para adorar y dar gracias *al que llevó la cruz* por la ayuda y el rescate que otorga en la palabra y los sacramentos. La predicación y la enseñanza que no toma en cuenta la marca de la cruz en el cristiano no hacen mella. La presencia de la cruz hace que el cristiano se dé cuenta de la necesidad del consuelo bajo la cruz y el don de la fortaleza para resistirla. Sin ese consuelo ni esa fortaleza, cada creyente se desanimará, se abatirá bajo su peso y finalmente caerá en la desesperación. Y trágicamente, su corazón puede enfriarse y su alma cegarse tanto que ni siquiera se dé cuenta de que ha sido quebrantado; su desesperación puede finalmente ser una falta total de vida espiritual.

Al cristiano, que es consciente de la cruz debido a los sucesos en su vida y a la predicación y enseñanza, Jesús le promete descanso y refrigerio en el pronunciamiento de la absolución, en las lecturas del día y en el sermón. En respuesta a esto, el portador de la cruz canta con regocijo su agradecimiento y alabanza a Dios en el resto de la liturgia y en tantos himnos. Tan eficaz es el consuelo de los portadores de la cruz que nos unimos unos a otros en la expresión confiada de la fe que obra la palabra para alegrarnos y animarnos unos a otros: *¡Creo (creemos)!* con confianza declaramos sobre la base del consuelo y la fortaleza recibida en la palabra y el sacramento.

Jesús resume su respuesta a nuestra necesidad como portadores de la cruz maravillosamente cuando nos invita con ternura: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mt 11:28-30). Si el cristiano no tuviera que llevar una cruz, no necesitaría nada de lo que Jesús promete en esos versículos. Tampoco tendría el menor anhelo de ello. Pero, a decir verdad, el que lleva la cruz está con frecuencia con un corazón abatido y con el alma agotada. Acude al Salvador en la palabra y el sacramento, anhelando el alivio. Sin embargo, ese anhelo no es para llevar una vida fácil sin la cruz. ¡No, eso jamás podría ser! Porque Dios ha prometido la cruz y ha prometido que ésta no se irá hasta que el cristiano entre en la gloria preparada para todos los que lo siguen bajo la sagrada señal de la cruz. Jesús expresa cuidadosamente su promesa en Mateo 11 con eso en mente. La palabra traducida como “descanso” sería mejor traducida como “refrigerio”. El descanso, el descanso final, viene al último, pero eso no es de lo que Jesús está hablando en esta promesa. Ésta es una promesa de un refrigerio que permite al que lleva la cruz volver al trabajo y a la carga. El trabajo y la carga se hacen ligeros no porque hayan desaparecido, sino porque Jesús promete que el yugo es su yugo y la carga su carga. Por lo tanto, la llevamos y la soportamos con él en su compañía. Es la compañía de alguien que nos amó hasta su cruz, el infierno y de regreso.

El dolor de la cruz está en el centro del gozo del cristiano

El simple hecho de que la cruz del cristiano lo envíe corriendo una y otra vez a su Salvador para pedir ayuda, fuerzas, refrigerio debe ser un motivo suficiente para regocijarnos en llevar la cruz. Porque sin la cruz no recurriría constantemente a él en la palabra y el sacramento. En el mejor de los casos, la corrida degeneraría en un paseo esporádico el domingo por la mañana; la confesión bajo la cruz de que la carne no está dispuesta y el espíritu aún es débil se convertiría nada más en una formalidad cortés. La exaltación del *Gloria in Excelsis* que sigue a las palabras de absolución sería nada más que un ritual rutinario. Lutero lo señala con elocuencia en su comentario en la sexta y séptima peticiones del Padrenuestro en el Catecismo Mayor. Dice que cada hora el cristiano está sometido al tormento y a la tentación; hoy está de pie, mañana cae; hoy esta prueba, mañana otra. Por lo tanto, tenemos motivos para clamar a cada hora, no para tener una vida relajada sin la cruz, sino por rescate y ayuda para llevarla. Porque la tentación (*Anfechtung*) de cualquier clase es la que Cristo nos ha dicho que tendremos en esta vida, y él promete en la palabra y los sacramentos ayudarnos y rescatarnos en medio de eso.

La cruz y la voluntad cristiana

Note también algo asombroso acerca de esta teología de la cruz, como Jesús la define y la resume para nosotros. *¡Involucra la voluntad del cristiano!* Jesús habla en Marcos 8, citado anteriormente, de lo que queremos hacer. ¿Quién lo hubiera pensado? Otra vez recordamos la protesta de Pedro cuando Jesús habló de su propia cruz. Pero Jesús tenía que tomar su cruz si el mundo iba a ser redimido. Así como Jesús la tomó por su propia voluntad, así también el cristiano debe tomarla. Jesús no dice que va a imponer la cruz en contra de la voluntad de sus seguidores. Pide que el cristiano, espera que el cristiano, acepte la cruz y la acepte con gusto. San Pablo comprendió eso tal vez mejor que nadie cuando declaró:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones... (Ro 5:1-3)

Jesús abraza y atrae el alma en la proclamación de la plena redención, del pleno perdón como un hecho cumplido y recibido por la fe sola. Y nos atrae tan plenamente con el mensaje que la nueva voluntad del cristiano, que otorga el Espíritu por medio del evangelio, se goza para seguirlo bajo la cruz del sufrimiento. ¡Sólo un cristiano o un loco podría comprender esto! La nueva voluntad del cristiano puede estar aún débil para abrazar la cruz. Esa debilidad consiste en una naturaleza pecadora y todavía poderosa que la rodea, que amenaza con hundirla y tragarla. Puede que tome mucho tiempo bajo la cruz antes de que el cristiano triunfe sobre la voluntad pecadora de modo que no sólo se rinde a la cruz, sino se goza en ella. Y esa rendición ante la cruz puede ser un viaje en una montaña rusa que dure toda la

vida. Pero al final, la realidad de que la cruz es una bendición (¡en alemán siempre la llamamos *das liebe kreuz!* —la *amada* cruz) penetra, en parte ahora, por completo cuando llegamos a la consumación en la gloria.

Sólo la proclamación de la obra de Jesús en su cruz y su resultado bendito puede hacer que el cristiano imite a Cristo abrazando de manera voluntaria y aun con gozo la cruz. San Pablo inspira la voluntad y despierta ese gozo en la gran *sedes doctrinae*¹ para el estado de humillación y exaltación de Cristo en Filipenses 2:5-11. Comienza toda esa gloriosa sección sobre la obra de Cristo para nosotros con un llamado a la voluntad del cristiano. Dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. El apóstol sólo tiene esa línea breve acerca de nuestra voluntad y entonces un relato largo y vívido de la voluntad de Cristo realizada con humildad por nosotros, con sufrimiento por nosotros, en la cruz por nosotros, y entonces en la gloriosa resurrección por nosotros. Todo lo que Cristo realizó en su humillación en la cruz es lo que nos hace tener una actitud y una voluntad que imite la de él. Precisamente por eso, Jesús habla primero de su cruz y luego de la nuestra en Marcos 8, mientras obra para conformar nuestra voluntad a la de él. El escritor de la epístola a los Hebreos habla de la misma manera. Primero se regocija en el sufrimiento de Cristo por nosotros, y luego habla de nuestro sufrimiento en manos de un Padre bondadoso que nos disciplina solamente para nuestro bien (Heb 12:1-11); ese amor del Padre mueve nuestra voluntad para someternos al dolor momentáneo de la disciplina del Padre.

¿Pero qué tal si nuestra actitud no es la misma que la de Cristo? ¿Qué tal si nuestra voluntad se resiste a la cruz? La simple verdad es que nuestra voluntad todavía no está completamente renovada. La voluntad renovada, como ya lo notamos, todavía es débil debido a que aún tenemos la vieja voluntad, la voluntad del hombre caído, que siempre se resiste a la cruz. Por eso, el llamamiento de san Pablo, como el de Cristo mismo en Marcos 8, es a la *voluntad cristiana*, es a la voluntad que ha nacido a través de la proclamación del evangelio. Porque el cristiano siempre tiene dos naturalezas; retiene la voluntad caída que heredó de Adán y Eva. Al mismo tiempo, por medio de la proclamación del evangelio en la palabra y en el Sacramento del Bautismo, recibe toda una nueva voluntad, una voluntad que desea únicamente lo que Dios desea, una voluntad que ama su fuente —Cristo en la palabra y los sacramentos. Esas dos voluntades permanecen en conflicto durante toda nuestra vida, como san Pablo testifica gráficamente en Romanos 7:14-25. En el asunto de llevar la cruz, es sólo la nueva voluntad la que verdaderamente se somete a la cruz. La vieja voluntad la odia, la resiste y trata con todas sus fuerzas debilitadas de deshacerse de ella. San Pablo usa la analogía del niño recién nacido cuando habla de la nueva voluntad; todavía débil, todavía inmadura, que desea la leche no adulterada de la palabra para que pueda crecer y fortalecerse

¹ *Sedes doctrinae* es un término técnico en la teología. Significa “la sede de la doctrina”. *Sedes doctrinae* usualmente es un pasaje en la Biblia que resume mejor esa doctrina en particular. Otros pasajes pueden hablar de la misma doctrina, pueden agregar profundidad y dimensión a ella, pero es *sedes doctrinae* el que mejor la resume.

(1 P 2:2). De nuevo, la necesidad de esa leche para fortalecer la nueva voluntad está en curso; dura toda la vida.

Es un hecho que cada cristiano lleva la cruz mientras sigue a Cristo. Es un hecho que llevar esa cruz no es una opción, sino una consecuencia necesaria de la fe. Es un hecho que la cruz frecuentemente es difícil y dolorosa. Es un hecho que el cristiano abraza la cruz de buena gana, hasta con gozo conforme a su nuevo hombre. Aunque todo esto es locura para el mundo, es lo más razonable para Cristo y para quienes desean seguirlo. Jesús lo dice claramente cuando dispone la alternativa en Marcos 8. La alternativa de no llevar la cruz es perder el alma, es decir, perder la vida terna.

¿Por qué querría alguien perder la vida eterna? ¡Qué terrible considerar semejante pérdida, mucho menos llevarla en realidad a cabo! Pero eso es exactamente lo que hacen aquellos que se avergüenzan de Cristo y su palabra, quienes por lo tanto rechazan la cruz que viene a aquellos que lo siguen. ¡Sin cruz, no hay cristiano! ¿Cambiaría alguien la cruz por todo el mundo y todo lo que ofrece? ¡Realmente sería un pobre intercambio, aunque fuera posible! Porque el mundo pasajero y perecedero vendrá a expensas de la bendición eterna y resultaría finalmente en el tormento eterno. En realidad, no es posible ese intercambio. A decir verdad, aquellos que aspiran a ese intercambio nunca obtienen todo el mundo. Se conforman con mucho menos. Obtienen oropel, no oro; obtienen chucherías, no tesoros; obtienen lo fugaz y lo transitorio, no lo duradero y lo eterno. ¿Si el mundo entero puesto en la balanza es un trato necio, cuánto más no lo es el oropel y los placeres perecederos? De este modo, por ejemplo, el que compra popularidad con un compromiso tras otro de sus principios termina avergonzado y deshonorado frecuentemente en esta vida y desde luego en la venidera. El que cambia escuchar la palabra por el trabajo y las riquezas termina con la salud arruinada, sin riquezas y con una eternidad sumamente empobrecida con el resto de los condenados. El que rechaza la cruz de la lucha contra la carne y va tras los placeres como meta de la existencia termina frustrado y siempre insatisfecho en esta vida y cubierto de desgracia y sufrimiento eternos en la próxima.

Llevando la cruz con gozo

La brillante discusión de Jesús en Marcos 8:34-38 sobre la opción de llevar la cruz ayuda a que la voluntad del cristiano abrace lo que a muchos les parece una manifiesta contradicción en la Biblia. Ayuda a que la voluntad cristiana abrace el *sufrimiento con gozo*. El sufrimiento con gozo parece ser una contradicción tan grande de términos que necesitamos enfocar nuestra atención en la naturaleza del gozo en el sufrimiento. Porque tanto el sufrimiento como el gozo son reales. La cruz es en realidad dolorosa. El escritor a los Hebreos lo reconoce cuando dice: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza” (Heb 12:11). Sin embargo, muchos pasajes en la Biblia nos exhortan a un gozo constante. Para citar sólo uno de los ejemplos más sorprendentes, san Pablo hace del gozo un imperativo cristiano en Filipenses 4:4 cuando dice: “Regocijaos en el Señor siempre.

Otra vez digo: ¡Regocijaos!”. Lo sorprendente acerca de la insistencia en el regocijo en Filipenses es que esta epístola es una de las epístolas de Pablo escritas en la prisión. La escribió mientras estaba aislado de mucho de su trabajo para el cual vivió. Escribió mientras estaba separado de sus queridos miembros de las iglesias a las que había servido y de muchos de sus amigos y compañeros de trabajo. ¡De todas formas insiste en regocijarse! ¿Cómo puede la Biblia insistir en que debemos regocijarnos cuando habla con la misma insistencia acerca de la necesidad de sufrir?

Cada una de las epístolas de Pablo es una respuesta a la pregunta, y la primera epístola de Pedro es un comentario que trata de la aparente paradoja en cada capítulo: El sufrimiento y el gozo son dos caras de la misma moneda en la vida del cristiano. Ese hecho elemental es lo que distingue el sufrimiento del cristiano bajo la cruz del sufrimiento del mundo incrédulo. Sufrir sin gozo es el pesar del mundo en el curso ordinario de las cosas; es pesar y nada más que pesar por el dolor de la enfermedad y la muerte, por la angustia de la soledad o del fracaso humano, por el fruto amargo robado del árbol que prometió placer pero dio sólo culpa y vergüenza. El pesar y el sufrimiento del mundo no encuentran alivio en la promesa de rescate y de redención en Cristo. Porque el sufrimiento aparte de Cristo es la consecuencia de estar separado de Cristo. Quienes sufren así no reciben consuelo en la promesa de las Escrituras de que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien (Ro 8:18-39). En la tristeza, los que no tienen a Cristo no pueden gozarse en la verdad de que sufrir en Cristo lleva una cosecha rica y abundante para el alma incluso en esta vida (Ro 5:1-11). El pesar del mundo incrédulo está desprovisto del compañerismo de Cristo en la cruz y en la tumba vacía.

Todo lo que pueden desear los que sufren sin el evangelio es que tal vez el sufrimiento terminará, que tal vez tendrá algún motivo o propósito. Incluso cuando esa esperanza inútil se debilita y se desvanece al darse cuenta de que la muerte es la realidad final del hombre, el mundano se queda solamente con el alivio pasajero de sus pecados favoritos. Recurre a las drogas o al alcohol, a los placeres de la carne o al trabajo con el fin de quitar de su mente lo que a él le parece una existencia vana e inútil. ¡Hace eso aun cuando debe saber que mucho de su dolor resulta directamente de tal comportamiento en primer lugar! A lo que recurrió inicialmente para que le proporcionara felicidad, ahora recurre para que le dé alivio de la miseria producida por su búsqueda inicial. En efecto, tan profunda se hace la desesperación de algunos que se lanzan precipitadamente al crimen final, al suicidio. Gran parte de la filosofía moderna termina realmente como un callejón sin salida: ¡La vida no tiene significado y su sufrimiento no conoce ningún propósito; por lo tanto, si se hace demasiado para ti y ya no puedes escapar, termina todo! ¡Tan profundo es el dolor separado de Cristo, tan profundo es el sentido de inutilidad, que para aliviarlo, los mundanos tratan de hacer que el suicidio parezca un acto noble! Pero como tantas de las soluciones a los problemas del mundo, así la solución del suicidio crea más tristeza de lo que alivia. Porque separado de Cristo, la pena y el sufrimiento de lo presente es sólo un presagio de un sufrimiento eterno mucho mayor de los condenados en el infierno.

Así como el sufrimiento de los que no tienen a Cristo es muy diferente del sufrimiento del cristiano que lleva la cruz, así también la alegría del mundano no tiene nada en común con el gozo del cristiano, un gozo que el cristiano tiene bajo las cruces más pesadas. Porque el gozo del mundano no tiene raíces en la alegría y el consuelo del evangelio. Una alegría sin la cruz y separada de Cristo con frecuencia no es nada más que algo superficial. Cuando es superficial, es locura e insensatez; considere, por ejemplo, la obsesión por los deportes, como si un partido fuera la meta de la vida misma. Cuando no es superficial, es idolatría y depravación; considere la adicción al sexo y a la violencia de tantos, como si éstas fueran las únicas formas de probar que uno está realmente vivo y es importante. Ya sea superficial o depravado, el gozo del mundo en realidad es un gozo que siempre tiene el olor de la muerte. La fiesta de cumpleaños termina con la realización de que el final de la vida se acerca un año más. El baile de etiqueta de la noche de fin de año da paso a una realidad de incertidumbre y aún más lucha en el año que viene. Incluso la recuperación de una enfermedad contiene en ella sólo la convicción de que la enfermedad volverá, que finalmente el virus o bacteria o el deterioro de un órgano terminará en el triunfo de la muerte sobre la vida. Frente a esas desalentadoras realidades, el gozo que el mundano conoce es nada más que “pasar el cementerio silbando”, todo gozo separado de Cristo debe decepcionar finalmente. Debe terminar, ya sea con el regreso de la pena y la pérdida mundana, en la muerte o en las consecuencias del sufrimiento interminable bajo el juicio justo de Dios.

En comparación, el sufrimiento del cristiano, el llevar la cruz, tiene el bendito propósito de llevarlo a Cristo o más cerca de Cristo, quien al final dará la corona a los que han llevado su cruz tras él. Ése es el punto de Pablo en Filipenses 4. Escribió la epístola desde la prisión, donde tenía pocos motivos exteriores para gozarse. Escribió bajo el peso del sufrimiento imparables. Él nos muestra que los dolores, el dolor de la cruz y el gozo de su resultado, siempre deben presentarse juntos. Jesús lo hace maravillosamente cuando nos dice que la vida cristiana es una de dolor y gozo inseparablemente vinculados, como el dolor y el gozo que acompañan a una mujer en el alumbramiento. Él estaba hablando del tiempo en que tendría que quitar su presencia visible de los discípulos. Pero la analogía también se aplica a toda la vida de fe del cristiano. Una mujer tiene dolor que se vuelve en gozo una vez que el niño ha nacido (Jn 16:20-22). Si no hubiera niño, no habría dolor; si no hubiera dolor, no habría el gozo del nacimiento del niño.

Por eso, el cristiano en efecto siente gozo en medio del sufrimiento. Al tomar la cruz, experimenta una y otra vez: el *sufrimiento gozoso*. Porque el cristiano sabe que el gozo que tiene en esta vida es un don de su bondadoso y misericordioso Padre celestial. Y también sabe que no es el menor de los dones de Dios el don de la cruz, lo que lo acerca siempre más al Señor. En el compañerismo de la cruz, en el compañerismo de experimentar su propia cruz yendo tras el Crucificado, el cristiano se regocija. Y como Pablo nos recuerda en Romanos 5, su esperanza en Cristo no será defraudada. Dará únicamente abundantes frutos en paciencia y aún más gozo al acercarse el Señor más todavía al que lleva la cruz en su palabra y cumplir sus promesas allí, promesas de fuerzas renovadas, de ayuda, de rescate final.

La esencia de la cruz

¿Entonces, qué es la esencia de la cruz que cada cristiano debe llevar por necesidad y llevarla de buena gana, aun con alegría? Jesús la define para nosotros con todas sus astillas penetrantes. La define en tal forma que nunca podría haber un momento en que el cristiano consciente de ella estaría sin saber que necesita al Cristo compasivo, quien da descanso al cansado y refresca al cargado. La esencia de la cruz en cada etapa de la vida y en cada circunstancia cambiante es ésta: Negarse *a sí mismo*. Nos dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8:34).

¡Otra vez, cuán magistralmente Jesús resume todo el asunto en Marcos 8! Negarse a sí mismo será siempre difícil, siempre será una lucha. Por lo tanto, comprometerse a eso es tomar una cruz pesada, desgarradora, agotadora. ¿Qué es lo que todos quieren por naturaleza? ¿Qué es lo que está en el corazón y en el centro de cada uno de nosotros? Cada uno desea salvar su vida y no desea perderla. Y para el hombre caído la esencia de salvar la vida no es simplemente la continuación de las funciones corporales. Es más bien que se haga su propia voluntad. Hacer la voluntad de otro o que la propia voluntad sea negada es perder la vida.

La naturaleza del yo

Ese punto tal vez no sea inmediatamente obvio. Requiere alguna reflexión. La desilusión en el trabajo, en la familia, en las circunstancias de mi vida es el sufrimiento que viene del fracaso de mi voluntad debido a la de otros. No habría desilusión ni frustración si todos los demás cedieran ante *mi* voluntad, o por lo menos, que se apartaran de *mi* camino. Como mínimo en las cosas en la vida, eso es evidente. Si lo duda, note su propio fastidio cuando está en el tráfico o mientras espera en la cola. El objetivo del hombre por naturaleza es salirse con la suya, ver el triunfo de su propia voluntad. Podemos frustrarnos cuando eso no es posible. Podemos sonreír placenteramente para enmascarar el fastidio o el enojo o aun el odio. Pero eso no cambia este hecho fundamental de la vida: La vida separada de Cristo tiene significado en la medida en que yo me salga con la mía, que mi voluntad salga victoriosa sobre la voluntad de todos los demás.

Por cierto, nos resistimos a admitir que todo el objetivo de nuestra vida es salirnos con la nuestra, lograr nuestra propia voluntad. Pero sólo examine la dinámica de los miembros de la familia que son maestros en manipular y a otros miembros de la familia que no quieren ser manipulados. Lea la historia de los grandes gobernantes del mundo. ¿Qué ve como tema común, la constante en la multitud, en la familia, en la historia del mundo? Verá a individuos que luchan por salvar su vida, dar a su vida un propósito y una finalidad saliéndose con la suya, logrando su propia voluntad. Sólo necesitamos ver en el espejo. Cuando examinamos nuestra propia vida, no nos faltarán ocasiones en que simplemente luchamos por salirnos con la nuestra o estábamos fastidiados o peor todavía que no tuvimos éxito. En la medida en que ése es el caso, en esa medida no llevamos la cruz, no negamos el yo.

Las guerras en el mundo y en el trabajo, las desavenencias en la familia y en la vecindad siempre tienen eso como común denominador: Alguien está tratando de ganar una victoria de su propia voluntad sobre la voluntad de alguien más. Eso es en resumidas cuentas el motivo del porqué tememos a la muerte y preferiríamos imaginar que la muerte sólo les pasa a otras personas, que de alguna manera escaparemos de ella. Porque la muerte es el fracaso final y completo de nuestra propia voluntad. La muerte hace imposible que mi voluntad gane más victorias sobre la voluntad de otros.

El deseo de ver triunfar nuestra propia voluntad sobre la de aquellos que nos rodean se manifiesta desde muy temprana edad. No necesitamos que nos enseñen cómo hacerlo. Por naturaleza, cada vez que tomamos aire es con la esperanza de llevar a cabo nuestra propia voluntad. En la infancia, encontramos cómo hablar debido a que queremos algo, ya sea comida, atención o solamente un cambio de pañales. Tan pronto como se satisfacen las necesidades, deseamos más. Con el paso del tiempo nos obsesionamos con la fórmula infantil: “Si tan sólo tuviera..., entonces sería feliz”. Obtener el *si tan sólo* satisface la voluntad por unos cuantos minutos, para ser remplazado una y otra vez por el totalmente nuevo *si tan sólo*. El que muchos de estos *quieros* se puedan satisfacer únicamente a expensas de alguien más o con la pérdida de alguien más molesta muy poco la obsesión que tenemos con nuestra propia voluntad, si acaso.

Salirse con la suya, lograr su propia voluntad, obtener cosas, adelantarse aun a expensas de otro, todo esto es básicamente lo mismo. Es la prueba externa de la aseveración, de hecho la adoración, del *yo*. Alguien a quien se describe como un “egomaniaco” no es, de hecho, para nada un maniaco. Es lo que todos somos por naturaleza. La única diferencia real entre quien es considerado un egomaniaco patológico y el resto de nosotros es que no ha podido esconder su enamoramiento apasionado con el *yo* con tanto éxito como aquellos que no se describen así. No ha comprendido lo que el resto de nosotros ha llegado a comprender: Con el fin de salirnos con la nuestra tenemos que aprender cómo ocultar nuestra verdadera intención de lograr el triunfo de nuestra propia voluntad sobre la voluntad de otro.

Puede que algunas veces tengamos que llegar a un acuerdo para obtener un triunfo parcial. Tal vez tengamos que limitar o encontrar una forma de controlar la avaricia o la ambición o la codicia que sentimos no sea que por falta de autocontrol perdamos otras cosas que valoramos más. Tendremos que sonreír amablemente ante la victoria de otro y esperar a que venga la nuestra otro día. Pero no importa cuánto sonreímos o logramos esconder nuestro verdadero objetivo, el deseo de imponer el *yo* permanece enconado en el fondo del alma. Ese deseo nunca se extingue en este lado de la tumba; corroe; quema; estalla en todo lo que hagamos separados de Cristo. Es lo opuesto de negar el *yo*. Y no importa cuán bien lo disimulemos, su fealdad nunca desaparece.

El papel del yo en lo “bueno” hecho separado de Cristo

Es una verdad que se aplica aun a los actos nobles de aquellos llamados humanitarios. En el centro aun del humanitario incrédulo más noble está el anhelo de llevar a cabo su propia voluntad por sus propios motivos. Hace lo que hace porque quiere. Si hace su voluntad, simplemente porque lo hace sentirse mejor o porque piensa que de alguna manera sus obras agradarán a su Dios, no importa mucho. Si quiere hacer el bien porque secretamente codicia las alabanzas del mundo o se convence a sí mismo de que esas alabanzas le son indiferentes, tampoco importa. En el fondo sirve a su propia voluntad. En las palabras de Marcos 8, busca salvar el yo, salvar su vida. La negación aparente del yo puede ser de gran beneficio para la humanidad y en efecto digno de los galardones más altos del mundo. Pero como Jesús lo dice en otra parte y en un contexto un poco diferente: “Ya tienen su recompensa” (Mt 6:16). Esa recompensa, ya sea la alabanza del mundo o la alabanza de los propios sentimientos, no es la alabanza que Jesús da en el juicio final a las obras que fluyen de la fe y por tanto se hacen a Jesús y para Jesús (Mt 25:40-46).

El papel del yo en lo bueno hecho para Cristo

El que hace las obras que Jesús alaba en el juicio final puede que no siempre sea consciente de que lo que está haciendo es para Jesús, que lo ha hecho como una obra de la negación del yo. En Mateo 25, los que son alabados por sus obras expresan sorpresa; piensan que las obras no eran del todo dignas de recordarse o importantes, mucho menos dignas de que Jesús las note en el juicio final. No obstante, sus obras fueron fruto de la negación del yo; resultaron de una relación con Jesús.

Para los demás y aun para el que está haciendo las obras, esas obras pueden parecer insignificantes y que no merezcan ninguna atención. Podría ser el trabajo de un niño que ayuda a su madre con los platos o ayuda a sacudir. Podría ser la bondadosa paciencia que tiene la madre con su propio hijo o con el hijo de alguien más. Podría ser el trabajo fiel hecho por el obrero cuando todos los demás se conformaban con “es suficiente”. El trabajo de la lección enseñada fielmente, la visita hecha a enfermos o el sermón terminado con amor por Cristo y su pueblo. La comida preparada para la familia o para un extraño en un refugio. Esa amabilidad con que se dice: “¡Déjame ayudarte con eso!”, cuando no había ninguna esperanza ni expectativa de pago o gratificación. La obra hecha negando el yo es, en resumen, algo que el cristiano hace como cristiano; el cristiano tal vez no esté completamente consciente de que la obra es fruto de la fe; el cristiano puede que lo haga como un autómatas, por así decirlo. Sin embargo, la obra se hizo no para el yo sino en cierta medida u otra por amor a Dios y en beneficio de su prójimo.

Por cierto, muchas de esas obras también las puede hacer exteriormente el incrédulo o el hipócrita. Pero el incrédulo o el hipócrita las hacen sólo por fuera. En el caso de las obras del padre o del niño del uno por el otro, el motivo es el resultado del amor natural del parentesco.

En el caso del obrero, puede ser un buen orgullo externo en el trabajo, una buena ética del trabajo. Y esos motivos no están ausentes en el cristiano. Pero en el fondo, para el cristiano, para el que lleva la cruz, el trabajo se hace para Cristo, por amor a Cristo, como resultado de una relación con Cristo. Desde luego, el trabajo se realizará con más gozo si el cristiano es consciente de la relación de su trabajo con Cristo. Hacemos bien en pensar sobre esa relación y recordar unos a otros de ello con más frecuencia de lo que lo hacemos. Por la fe en Cristo tanto al que obra como a la obra los limpia la sangre del Cordero de cualquier motivo egoísta que quede y pueda manchar la obra. En virtud de esa limpieza, Dios ve la obra como si fuera perfecta, así que tanto el que hace la obra y la obra son apreciados y alabados. No pensamos respecto a esa relación con suficiente frecuencia. Si lo hiciéramos, nos regocijaríamos más en la nobleza que Cristo ha dado a nuestras vidas mientras lo seguimos bajo la cruz. Apreciaríamos mucho más las oportunidades que nos da para servirlo en las cosas grandes y pequeñas.

Es necesario señalar que llevar la cruz de la cual Jesús habla, llevar la cruz de lo que estamos hablando bajo el título de la teología de la cruz, no es el sufrimiento escogido o causado por uno mismo. No es la pobreza que el monje elige ni la soledad del ermitaño. No es el celibato que el papado impone a aquellos que desean servir en el ministerio público. Más bien, es la negación del *yo* que vive en sumisión a la ley de Dios, en obras de servicio para nuestro prójimo por amor a Cristo. Algunas veces ese servicio puede parecer fácil y conveniente, a veces difícil y no apreciado; algunas veces ese servicio sí le importa a los demás o a todos; algunas veces no lo ve nadie ni nadie lo anuncia. Es la negación del *yo* de poner a los demás primero en el trabajo, en la familia, en cualquier puesto que ocupemos en la vida. Es comprender de buena gana y con alegría que no vivimos para *nosotros mismos*, sino para aquel que nos ama y se dio a sí mismo por nosotros. Es una vida que vive en armonía con la ley de Dios porque eso agrada a Dios. Y esa ley se resume en un servicio amoroso.

¿Cómo se relaciona el sufrimiento con la negación del yo y llevar la cruz?

Muchos piensan que llevar la cruz es cualquier sufrimiento o todos los sufrimientos que pasamos en esta vida. Eso no es lo que Jesús dice en Marcos 8 o en otras partes en su palabra. Llevar la cruz no es el sufrimiento que es el destino natural del género humano como resultado de la caída en pecado en el huerto de Edén. Lo que la gente sufre como resultado de la maldad de otros o de su propia maldad no es en sí una cruz. El sufrimiento de los desastres naturales de toda clase, desde terremotos y hambrunas, desde guerras y derramamiento de sangre en los cuales la propia voluntad y comportamiento no están implicados en lo mínimo tampoco es necesariamente llevar la cruz. Perder a seres queridos por enfermedad y muerte, enfermarse y sufrir dolor y finalmente morir tampoco es, por definición, de por sí, llevar la cruz.

Mientras que esta clase de sufrimiento, el cual es el destino de todo el género humano desde la caída en pecado, no es necesariamente negar el *yo* y llevar la cruz, puede *convertirse* en llevar la cruz. Puede terminar exigiendo la negación del *yo*. Porque nuestra naturaleza pecadora frente a la desgracia humana, ya sea la propia o de alguien más, puede rebelarse. Nuestra naturaleza pecadora puede gritar con los incrédulos y los burlones del mundo: “¿Dónde está ahora tu Dios? ¿Dónde está la promesa de su misericordia y de su amor? ¿Dónde está su rescate y liberación? ¿Cómo puedes creer y confiar en un Dios que permite o envía tal desgracia y tal sufrimiento?”.

Cuando esas preguntas nos hacen sufrir, ya sea que vengan de otros o surjan dentro de nuestro corazón, entonces el sufrimiento se convierte en una cruz. Eso exige la negación del *yo*, la negación de nuestra propia voluntad y razón a favor de la palabra de Dios. El *yo* rechaza la palabra de Dios y sus promesas en Romanos 8 de que nada nos puede separar de su amor y de que todas las cosas nos ayudan para bien. Pero nos aferramos a las promesas de Dios y a su palabra, incluso y especialmente cuando la prueba externa del momento parezca contradictoria a la palabra. El sufrimiento requiere que neguemos nuestros propios instintos, dudas y temores. Requiere que demos la espalda y rechacemos el escarnio de los burlones. Es necesario, aunque parezca una insensatez y una locura, que confesemos: “No importa cuán grande sea el dolor, cuán terrible el sufrimiento, Dios sigue siendo mi Dios y mi Salvador porque eso es lo que dice en su palabra. Que todas las pruebas digan lo contrario. Que todo el mundo amenace con el puño en su cara ante el dolor y la desgracia. Sin embargo, adoraré a mi ayudador y mi Salvador. Porque su palabra sigue siendo verdadera cuando todos los hombres son mentirosos. Su gracia permanece segura cuando la fealdad de la muerte misma dice lo opuesto. Cedo mi voluntad a su providencia misericordiosa. Niego mi voluntad a favor de su palabra, su promesa, su gracia, su misericordia”.

Así, además de la negación del *yo* que sirve a otros por amor a Cristo, llevar la cruz es negar el *yo* al aceptar la palabra de Cristo, incluso cuando los sufrimientos del momento parezcan contradecir su promesa de gracia y ayuda en cada necesidad. Hacer eso a veces puede ser muy difícil, muy doloroso. Cada paso de esa lucha es llevar la cruz. Porque es una negación de los instintos más básicos del *yo* pecador.

Sin embargo, otro aspecto de llevar la cruz es la negación del *yo* que confiesa confiar en Jesús y en su palabra en lo que Jesús llama “generación adúltera y pecadora” (Mc 8:38). Una generación adúltera y pecadora es por definición hostil a Cristo y se dedica a la satisfacción de su propia voluntad. Fuimos creados y redimidos para que fuéramos la novia de Cristo. Ese matrimonio implica renunciar a nuestra voluntad por la del Novio. El mundano, que no está unido a Cristo, vive para otro, para el *yo*. Por lo tanto, el mundano en toda su existencia forma parte integral de una generación adúltera y pecadora sin importar lo que haga. Sigue su propia voluntad, ya sea que eso parezca bueno por fuera o totalmente malvado. Unido a Cristo, el cristiano sigue a Cristo bajo la cruz y renuncia a su voluntad a favor de la voluntad de Cristo.

Como Jesús nos lo dice en Marcos 8, el que lleva la cruz lo sigue con una sumisión leal y fiel a él y a su palabra, mientras que está rodeado por un mundo adúltero y pecador. El que lleva la cruz lo sigue especialmente cuando Cristo y su palabra se ven amenazados. La amenaza vendrá algunas veces del mundo. La amenaza vendrá también de nuestra propia carne pecadora, que siempre está confabulada con el mundo adúltero y pecador. Pero la negación del *yo* le da la espalda al *yo*, rechaza al *yo*, combate contra el *yo* a causa de Jesús y su palabra. Esa negación del *yo* de principio a fin es poco natural para la naturaleza caída y pecadora. Porque al *yo*, al viejo *yo*, le gustaría mucho más estar unido a la generación adúltera y dedicarse a sus búsquedas idólatras.

Por cierto, algunas obras de negación del *yo* son más fáciles que otras. El padre que cuida a un hijo tiene el afecto natural que hará que la negación del *yo* y el servicio sean más fáciles que otras veces cuando no existe ese vínculo natural. Pero aun en esas obras hechas más fácilmente por los vínculos naturales del parentesco y el afecto, una generación adúltera y pecadora puede atacar. Con frecuencia ridiculiza al padre que insiste en criar al hijo conforme a la palabra de Dios. El padre que en la casa y hasta en público se opone a partes del plan de estudio de la ciencia o de la vida familiar en la escuela no disfrutará de los elogios de la generación adúltera y pecadora. El padre que rechaza seguir la moral de los compañeros del niño porque “todos lo hacen” puede que no experimente mucho reconocimiento aun en casa.

El mismo padre que soporta el ridículo con paciencia por fidelidad al Salvador encontrará que esa negación del *yo* es difícil, a veces muy dolorosa. Pero la esencia de los actos más fáciles así como de los más difíciles es la misma. Ambos, unos fáciles y otros más difíciles, brotan de una relación con Jesús y su palabra. Por eso, en esencia ambos actos tienen la negación del *yo* como su raíz común, Jesús y su palabra como su fuente común. Porque el cuidado del niño proviene no sólo del afecto natural; proviene también de un amor por el Salvador que dio el hijo y un deseo de imitar el amor de Jesús mostrando amor. Y ese cuidado incluye cuidar la mente y el alma así como el cuidado del cuerpo. Indudablemente, el cuidado de la mente y del alma es la tarea más difícil de las dos. Exige un grado mucho mayor de la negación del *yo* y una apreciación todavía más grande por la importancia de llevar la cruz tras Jesús en una generación adúltera y pecadora.

La conexión entre el viejo hombre y el nuevo hombre bajo la cruz

Debe resultar obvio, además, que la *negación del yo* de la que habla Jesús requiere una nueva voluntad si es que vamos a abrazar la cruz por voluntad propia, incluso con alegría, no importa lo ligera o pesada que la cruz pueda estar. Para la vieja voluntad, la voluntad natural, la cruz es dolorosa y oprime con fuerza al viejo hombre que siempre queda sin convertirse en nosotros. En el viejo hombre, es decir, en la naturaleza caída que hemos heredado de Adán y Eva, el viejo *yo* gobierna. La cruz es y sigue siendo dolorosa para nosotros, precisamente porque en esta vida nunca nos libramos por completo del viejo hombre y su voluntad corrupta

y rebelde. Pero, y es importante recordar, que quien fue quebrantado, afligido y entristecido por la cruz es el viejo hombre, no el nuevo hombre.

El nuevo hombre es la naturaleza cristiana que está en nosotros por la fe en Cristo, la naturaleza que nace en el bautismo y que el evangelio crea y sustenta. El nuevo hombre se regocija en la cruz, la ve como una herramienta poderosa para derribar las agresiones interminables del viejo hombre que permanece unido a la generación adúltera y pecadora.

No hay que equivocarse con respecto a eso: el viejo hombre viene bien armado al conflicto. Sus armas son la falta de fe, el enamoramiento con el *yo* y su amor por esta generación adúltera y pecadora. El problema que tenemos para comprender la teología de la cruz y el problema que tenemos para tratar con ella se puede rastrear directamente a esta realidad fundamental de nuestra vida camino al cielo. Permanecemos, como Lutero lo dice en latín, *Simul justus et peccator*, es decir, *al mismo tiempo*, y en nuestro mejor día, *ambos justos y pecadores*. La lucha entre los dos es muy real y tan difícil y dolorosa como es real.

Todo este asunto de la negación del *yo* y de tomar la cruz por amor a Jesús y su palabra es en realidad sólo otro ejemplo brillante que Jesús usó en la enseñanza del Primer Mandamiento. En el centro, la negación del *yo* y llevar la cruz son exactamente lo que exige el Primer Mandamiento: “Debemos temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas”.

¿Qué podría ser más difícil, más contrario a la carne y más doloroso para el *yo* que eso? Por naturaleza *tememos* a todo lo que desagrada a nuestra propia voluntad, sea el esfuerzo implicado en dejarla o el ridículo del mundo cuando la dejamos. Por naturaleza *amamos* al *yo* sobre todo y ante todos y sobre todo lo demás. Por naturaleza *confiamos* en nuestra propia voluntad, nuestra propia inteligencia, nuestros propios instintos, nuestro propio egoísmo y con frecuencia la definición torcida de lo bueno y lo malo: Lo que me agrada y es conveniente es bueno; todo lo demás es malo. Por supuesto, el Primer Mandamiento implica también todos los otros mandamientos por lo menos implícitamente. Por eso, Lutero en el Catecismo Menor comienza la explicación de cada uno de los demás mandamientos con: “Debemos temer y amar a Dios, de modo que...”. Esas palabras son un recordatorio constante del Primer Mandamiento. No es mucho decir que todos nuestros pecados conscientes y muchos de los pecados de los que ni siquiera nos damos cuenta están relacionados con no querer llevar la cruz o son a causa de no querer llevar la cruz, es decir, el rechazo de negar el *yo*, un rechazo por lo tanto de temer a Dios, amarlo y confiar en él sobre todas las cosas.

Diferencias cruciales entre la cruz de Cristo y la nuestra

Hay varias diferencias importantes entre la cruz de Cristo y la nuestra. Esas diferencias comienzan con la diferencia entre su voluntad y la nuestra. Nuestra voluntad todavía pecadora y caída seguirá resistiéndose a la cruz; de hecho, gran parte de su peso resulta de la

lucha entre la vieja voluntad y la nueva. Esa resistencia en nuestra voluntad siempre nos impide llevar nuestra cruz perfectamente; nuestra obediencia siempre es imperfecta, siempre está manchada de esa batalla entre la vieja voluntad y la nueva.

A pesar de que Cristo oró que se le quitara la copa de sufrimiento, también oró que se hiciera la voluntad del Padre. Así que, aun entonces, cedió sumiso a la voluntad de su Padre con la cruz como su objetivo. Hizo todo en beneficio de la humanidad y al costo más grande de él mismo. Llevar la cruz al final de su vida era la cabeza del ángulo y el resumen de toda su obediencia durante su vida terrenal. Cristo murió en la cruz al final con la misma actitud que había tenido al principio. Vivió para agradar a su Padre y en beneficio nuestro, y así conformó su mente y su vida, y luego su muerte, a la misión que tenía de su Padre. De modo que sufrió su cruz de una manera muy diferente a la nuestra. Mucho de nuestro sufrimiento procede de resistirnos a la voluntad de Dios, resistencia que todavía permanece en nosotros. Por otro lado, el sufrimiento de Cristo llegó completamente de fuera de él mismo. Su peso fue la oposición del mundo y la culpa de toda la humanidad, la cual soportó en la cruz. La de él jamás fue una batalla de alguna fuerza maligna dentro de él, que se resistía a la voluntad de Dios y realmente quería pecar en vez de obedecer la voluntad del Padre. Por eso, llevar su cruz fue único, debido a que fue perfecto en todo respecto.

Por último, la cruz que llevó Cristo fue única porque logró lo que ningún otro que lleva la cruz podría lograr: la redención del mundo. Llevamos nuestra cruz confiando en el mérito de que él llevó su cruz, un mérito suficiente para ganar la vida eterna y la salvación para nosotros. Tan necesaria como es nuestra cruz, nunca podría lograr eso ni contribuir en lo más mínimo a lo que Cristo solo ya ha logrado por nosotros en su cruz.

Sin embargo, el que la obra de Jesús fuera única en su perfección y en su consecuencia final no debe usarse como excusa para que evitemos o minimicemos la necesidad del cristiano de llevar la cruz o minimicemos su importancia. Para expresarlo de otra manera, el llamado que nos hace Cristo para llevar la cruz y negar el *yo* no es sólo otra predicación del primer uso de la ley; es decir, no tiene sólo la intención de ayudarnos a ver la enormidad de nuestro pecado y que necesitamos desesperadamente su obra salvadora. Por supuesto, es eso. Pero no sólo es eso. Mientras nosotros en nuestro estado caído siempre tenemos motivos para confesar que no hemos llevado la cruz como debemos, esa confesión no nos da una excusa para hacer la cruz a un lado. La absolución, la proclamación de que nuestros pecados han sido perdonados, no es una licencia para dejar la cruz atrás en la puerta de la iglesia. Es una abominación cada vez que la confesión se considere una salida fácil de la culpa y la absolución la anulación de la voluntad de Dios. Los que predicán o enseñan de esa manera caen bajo el juicio de Pablo en Romanos 3:8: “Cuya condenación es justa” (compare también Ro 6:1 y sig.). Más bien, la absolución sirve como un incentivo para ir a casa refrescado y con un abrazo renovado de esta cruz de la negación del *yo*. Porque quiero expresar mi gozo en la absolución en la forma en que el mismo Cristo ha elegido para mí expresarlo, es decir, en la negación del *yo*.

Por qué negar el *yo* es tan difícil

Entonces, ¿qué es tan difícil acerca de esta negación del *yo* que debe ser comparada con la cruz y siempre es una cruz? Eso ya se indicó al definir la lucha para tomar la cruz como la negación del *yo*. El *yo* está tan cerca y lo amamos tanto que su negación es, a primera vista, extremadamente difícil. De hecho, no hay nada más difícil que negar el *yo*.

Sólo comparar nuestro *yo* con el *yo* de Cristo ayuda a poner todo el asunto en un enfoque perspicaz. Cada pensamiento, cada palabra, cada obra en la vida de Cristo fue un pensamiento, una palabra, una obra que adoró conscientemente y perfectamente a Dios, amó a Dios y benefició a la humanidad. No había nada caprichoso respecto a ello, nada simplemente por casualidad. Todo era —de principio a fin— obediencia y sumisión conscientemente, deliberada, voluntaria, gozosa en el camino a la obediencia y sumisión final en Semana Santa. Vemos eso aun en los milagros de Cristo durante los años de su ministerio terrenal. Ni uno de ellos fue hecho para su propia comodidad y conveniencia ni para su propio descanso. Todos ellos se hicieron en beneficio de otros. Incluso en secreto, durante las tentaciones en el desierto (Mt 4:1-11), se negó a usar su poder divino en beneficio propio.

Por otro lado, es imposible que nos imaginemos un día o hasta una hora o un momento en el cual amemos perfectamente a Dios con todo nuestro corazón, nuestra alma y mente y nuestras fuerzas. Es imposible que imaginemos un día durante el cual hagamos todo conscientemente por amor perfecto para Dios y en beneficio de los que nos rodean. El *yo* está tan cerca, es tan querido, que no podemos tener ningún acercamiento real a esa clase de perfección, excepto como lo vemos en Jesús. El viejo *yo* forma parte de nosotros en una medida tan grande que hasta resulta difícil que reconozcamos la vieja voluntad como pecadora. De hecho, nunca comprenderíamos esa cuestión, si no fuera por el testimonio de las Escrituras (Jn 3:6; Ro 7:18; Ef 2:1-3).

Tan completa es la corrupción de nuestro viejo *yo* que hasta puede usar la perfección de Cristo como una excusa para deleitarse y justificar su propio pecado y corrupción. Porque a diferencia de nosotros, Cristo no podría fallar en su obediencia y sumisión. La unión personal en Cristo, es decir, la unión de sus naturalezas divina y humana en una persona, hizo que el pecado fuera imposible para él. Su servicio, por lo tanto, hablando en el sentido estricto de la palabra y como ya se ha notado, no puede ser su cruz exactamente de la misma manera que la negación del *yo* es una cruz para nosotros; porque él nunca se resistió a la voluntad del Padre. Y así, nuestro *yo* puede discutir que su sufrimiento no fue real, ya que su éxito estaba asegurado desde el principio. Por lo tanto, no puede esperar que nosotros salgamos victoriosos del pecado y de la tentación en la forma que él lo hizo, o así nuestra carne pecadora quisiera que pensáramos. Para él fue fácil; para nosotros, es mucho muy difícil aun intentarlo.

Sin embargo, el que su victoria estuviera asegurada no es lo mismo que decir que la obediencia y finalmente la cruz fueran fáciles para él. ¡No, nada de eso! La cruz de Cristo es

única en muchas formas. Pero en esto nuestra cruz tiene mucho en común con la de él: La cruz es dolorosa. La de él fue infinitamente más dolorosa que la nuestra, porque sufrió en ella por los pecados del mundo. Aun antes de su sufrimiento en Semana Santa, la lucha contra Satanás y el pecado fue una lucha real, aunque la victoria fue un resultado inevitable. Sólo considere a esas criaturas, los santos ángeles, que vinieron a servirle al final de sus tentaciones en el desierto (Mt 4:11). Si no hubiera habido una verdadera lucha para Jesús en su naturaleza humana, ese servicio hubiera sido inútil. Considere su angustia en el huerto de Getsemaní también, donde otra vez un ángel vino a fortalecerlo (Lc 22:43). Escuche el clamor atormentado desde la cruz, cuando por nosotros y para nuestra salvación, fue abandonado por el Padre al que amó y obedeció perfectamente (Mt 27:46). Todos esos pasajes que hablan de las tentaciones de Cristo y su sufrimiento, no hubieran tenido sentido si su lucha y su sufrimiento no hubieran sido reales. En realidad, una tentación por definición implica lucha; si no hubiera lucha, no habría necesidad de resistir, no habría tentación. Pero sí resistió; sí luchó; sí sufrió; y todo eso lo hizo perfectamente.

Por supuesto no diríamos de algo simplemente humano, lo cual ante nuestros ojos parece perfecto, que fue fácil porque pareció perfecto. Mencione al nadador cuya forma perfecta en un clavado ganó una medalla de oro en las Olimpiadas o a la bailarina de ballet después de la presentación impecable de *El lago de los cisnes* que la representación ha de haber sido fácil, puesto que fue perfecta. ¡Entonces fíjese nada más en la mirada desdeñosa que le dirige a usted! En efecto, lo contrario debería ser el caso: entre más se acerque algo a la perfección, más difícil de alcanzar, y mucho más de mantenerlo. Qué insensatez entonces afirmar que la sumisión de Cristo y su cruz fueron fáciles, porque fueron llevados a cabo perfectamente y sin pecado. La obediencia de Cristo, aun con toda la perfección de su naturaleza humana en su unión con lo divino, incluso con la imposibilidad del pecado, no obstante fue una lucha. Todo el concepto de perfección por sí mismo indica la mayor dificultad; las palabras *nunca* y *siempre* son, después de todo, muy grandes. Él *nunca* pecó. Él *siempre* amó a Dios con todo su corazón, su mente y sus fuerzas. Y todavía fue verdadero hombre. ¡Nos deja atónitos! Tal perfección va más allá de nuestra imaginación y muy lejos de todo lo que jamás experimentamos nosotros. Así también es la enormidad de la lucha de Jesús. Los relatos de los Evangelios sin duda alguna lo dicen. El testimonio de los escritos apostólicos está de acuerdo. Cuando hablan del sufrimiento de Cristo y nos instan a llevar nuestro sufrimiento con paciencia mientras lo seguimos, no están hablando del dolor que para él fue una mera ilusión o una metáfora (p. ej. Heb 5:7, 8; 1 P 2:21-23). Su lucha fue real; también lo es la nuestra. Su cruz fue real; también lo es la nuestra.

Por eso, la perfección de la lucha de Cristo y su triunfo en su cruz nos ofrece perdón por nuestra imperfección y resistencia para llevar nuestra propia cruz; no nos ofrecen una forma para justificar la idolatría a la cual nuestro viejo *yo* es adicto o para revolcarnos en el estiércol y en el fango del resto de nuestra imperfección. Otra vez: la lucha de Cristo y su cruz fueron reales. La cruz y la lucha a la cual él nos llama es también real. La lucha de Cristo y su cruz

vinieron a él de fuera. Nuestra lucha está dentro, contra el viejo *yo*, que el diablo y el mundo apoyan e instigan.

Si examinamos esa lucha, especialmente cómo obra en los mejores momentos de nuestra vida, podemos comprender un poco mejor por qué Jesús llama a la negación del *yo* una cruz. ¿Qué encontraremos en cada esfuerzo nuestro para hacer lo que agrada a Dios simplemente por amor y gratitud por su gracia? ¡Resistencia del *yo*! Por lo menos, el *yo* causa duda para obedecer su palabra, luego renuencia, seguida por alguna medida de oposición y hasta remordimiento de que el *yo* fuera vencido.

El más común de los ejemplos puede demostrar este punto. El cristiano en su voluntad renovada o cristiana quiere orar. El *yo* no quiere. Al principio de la oración, el *yo* nos reprime. A la mitad, el *yo* distrae e interrumpe con necedades y divagaciones. Al final, el *yo* dice: “¡Ya estuvo bien; ahora sigamos con cosas importantes!”.

El mismo patrón pero con una ligera variación es fácil de encontrar cuando meditamos en la palabra de Dios. Cuando, por ejemplo, tratamos de escuchar un sermón, el *yo* es el que tal vez está más ocupado de todos. ¿No puede escuchar que el diablo conduce su propio oficio religioso exactamente en su hombro, con el *yo* predicando a su oído cada vez que trata usted de escuchar? El sermón del diablo puede que diga algo como esto: “¡Oh, no, otra vez eso! ¿No dijo lo mismo el domingo pasado? ¡Ya sé todo esto! Y mira lo que lleva puesto esa chica. Mira cómo este hombre bosteza. ¿Por qué esa mujer no saca a ese niño que está llorando? ¡Mira a ese hipócrita!”. Y sigue interminablemente.

Cuando el platillo de la ofrenda se pasa, el *yo* puede protestar a gritos: “¿Tanto (¡aunque sean unas cuantas monedas!)? Piensa en lo que pudiste hacer con eso. Compáralo con lo que los demás ofrendan. Déjalos que lleven la carga por un tiempo. ¡Bueno, por lo menos no fue más que eso!”. Y si la carne no da un alarido así, probablemente es porque ganó la victoria antes; hizo que la ofrenda fuera tan pequeña que no valía la pena protestar a gritos cuando finalmente se hizo. Nuestras Confesiones Luteranas se esmeran en recordarnos el hecho de que incluso en nuestras mejores obras, todavía necesitamos el perdón (p. ej. Fórmula de Concordia, Declaración Sólida IV:8; VI:21, 22). ¿Y por qué? Porque el *yo* se opone y, hasta cierto punto, mancha todas nuestras obras, aun las mejores. Con sólo estos ejemplos triviales, sería fácil ver por qué no podemos poner nuestra salvación en nuestras obras, no, ni siquiera cuando llevamos la cruz. Porque muy cerca está el *yo* siempre para eliminarlo en este lado de la tumba. El hecho simple y básico de que el *yo* frecuentemente logra convencernos de que sus pecados en realidad no son pecados y no vale la pena luchar contra ellos ya nos dice cuán difícil será siempre la lucha contra el *yo*.

La cruz y el arrepentimiento

El arrepentimiento en particular, ya sea por transgresiones que parezcan triviales o por iniquidades que claman al cielo pidiendo venganza, es tal vez la negación más dura del *yo*. La carne se aferra con tenacidad al servicio del *yo* y no se opone a nada con tanta vehemencia como a la confesión de que es completamente digna de condenación. Dentro del pecho se aferra a sus pecados favoritos, con frecuencia sin estar dispuesto a considerarlos pecados. Uno no puede sino reflexionar sobre cuán gran victoria ha ganado la carne cuando el llamamiento al arrepentimiento y la exclamación del *Kirie* se convierten en una mera rutina. No hay mucha negación del *yo* y de llevar la cruz en la rutina. Pero el devastador reconocimiento de que no querer someterse a Cristo y a su palabra es igual que avergonzarse de Cristo y de rechazarlo, es otro asunto. Al ver el horror de la crucifixión de Cristo y comprender la realidad de la ira de Dios contra *mi* pecado, al oír el sermón de Natán para David en 2 Samuel 12 (“Tú eres ese hombre”) en lo más profundo de nuestro ser, ah cuánto lo odia el *yo*. Sí, y en última instancia decirle a Dios: “¡Perdona todo! Porque no hay nada en mí, nada en toda mi vida, absolutamente nada que no merezca el infierno. Cualquier cosa que es buena es tuya. Todo lo demás es una perversidad indescriptible. ¡Y así, oh Dios, olvida todo! Entonces lo peor en mí será quitado, y lo mejor que tú me has dado y que todavía me las arreglo para corromper quedará limpio por la sangre de tu Hijo”.

¡Qué carga tan terrible lleva el alma, ya sea que lo reconozca o no, cuando no quiere arrepentirse! David reconoció esa carga; describió la angustia de su alma cuando no quiso arrepentirse mientras sus huesos envejecían y su alma gemía todo el día (Sal 32.3). Su culpa se enconaba como una herida a la que le echaba vinagre por negarse a confesar su culpa. Sin embargo, ese dolor no es de la cruz que envía Dios sino una herida infligida a sí mismo del pecador que todavía se aferra a su pecado. Pero en el caso de David, Dios usó bien el dolor del sufrimiento que David mismo se infligió. Era tan inmenso que cuando Natán lo enfrentó, David simplemente exclamó: “Pequé contra Jehová”. No negó su culpa ni la disculpó. No hizo ninguna comparación con otros que habían hecho tanto mal o peor que él. Se arrepintió. Lloró y lamentó su culpa la cual no podía reparar con ninguna cantidad de tristeza ni con buenas obras futuras. Como vemos en 2 Samuel 12 y en el Salmo 32 y en otras partes, la ley hizo su obra de quebrantar a David. Pero el evangelio hizo una obra todavía mayor. Porque el arrepentimiento no es sólo la profunda pena por el pecado y lo pecaminoso; también es la confianza que tiene el nuevo hombre en que el pecado es perdonado, borrado, alejado tanto como está el oriente del occidente.

El arrepentimiento tiene dos grandes obstáculos, uno tan malo como el otro, que nos enfrentan todos los días. Un obstáculo es no querer arrepentirse en lo absoluto. Es tratar el pecado como si fuera algo sin importancia que no tuviera consecuencias. Es imaginar que Dios no está en serio acerca de la palabra y nunca nos llamará a rendirle cuentas.

La negativa que minimiza la culpa y alberga la ilusión de que Dios no está en serio con respecto a su ley también termina minimizando el evangelio. Porque donde no se reconoce el

castigo y el delito merecido, se apreciará muy poco el rescate que Cristo ganó y la liberación que se da en la absolución. Con el desdén por la ley viene el desdén por el evangelio. El impenitente tiene una actitud de justicia propia que descarta la cruz. Todo lo que queda de fe en el que se cree justo es lo que llamamos fe *histórica*. Esa clase de fe simplemente reconoce que la historia de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús realmente sucedieron. Es la “fe” que no es diferente de la “fe” del diablo. Él sabe mejor que nosotros que la historia es verdadera; él fue testigo de todo esto. Pero la mera fe histórica no salva a nadie, como Santiago nos lo recuerda (Stg 2:19). Se debe añadir a eso la confianza que el Espíritu Santo crea a través del evangelio; debe haber la confianza de que esas verdades se aplican a mí, que Cristo no murió simplemente por todos los demás. Murió por mí. ¿Y por qué murió por mí? Porque yo no podía salvarme a mí mismo ni contribuir en lo más mínimo a mi propia salvación. Porque yo tenía, por lo tanto, en mi miseria, en mi pecado, en mi culpa, una *desesperada necesidad* de un Salvador. Esa convicción, esa fe, es lo opuesto a la justicia propia.

El segundo gran obstáculo que es igual y opuesto al arrepentimiento es la desesperación. El que no quiere arrepentirse es un santurrón; imagina que es tan bueno y que la ley y el evangelio de Dios son tan triviales que no necesita arrepentirse. El que se desespera, asimismo, tiene una opinión elevada de sí mismo. Imagina que su pecado es tan grande que ni siquiera Dios puede perdonarlo, ni siquiera Cristo en la cruz podría pagarlo. Su arrepentimiento termina con pesar por su pecado, como el pesar de Saúl y el de Judas. Hace a un lado el evangelio, así que ese arrepentimiento nunca alcanza su meta final de confianza en el perdón.

Sin esa confianza, una vida nueva bajo la cruz es casi imposible bajo la pesada carga de los pecados de la vida vieja. De hecho, sin la confianza en el perdón, el pecador desesperado realmente tiene la superioridad moral como meta; espera obtenerla hasta el punto en que sea perfecta, que no tenga necesidad de sentir pesar por el pecado. Puede parecer extraño, sin embargo es la verdad: la justicia propia y la desesperación son dos caras de la misma moneda. El que está desesperado probablemente era un santurrón antes de cometer el pecado que ahora piensa que no puede ser perdonado. Y en realidad, como lo notamos ya, su meta es regresar a esa condición en la que piensa que no necesita arrepentirse. Así, la superioridad moral del fariseo y la desesperación de Judas son “gemelas”.

Como la justicia propia no es la cruz sino una negación de ella, así la desesperación tampoco es la cruz. La desesperación es primeramente la negación de la cruz de Cristo y de su infinito mérito, y luego la negación de caminar perdonado bajo el peso y en la lucha de la memoria. Porque la memoria de aquellos que tienden a desesperarse siempre busca arrastrar nuevamente al pecador perdonado al viejo pecado o a la vieja culpa. La cruz es la lucha, la dificultad, para regresar tropezando una y otra vez a la cruz de Cristo en un arrepentimiento continuo. Ese arrepentimiento se aflige cada día por su vergüenza y su culpa. Pero aún más importante, ese arrepentimiento acepta cada día el perdón que ya ganó Cristo; entonces toma

la cruz otra vez para luchar contra las tentaciones nuevas y viejas, también para luchar contra la desesperación.

La cruz de Cristo debe servir como un imán para el que lucha contra la tentación de la justicia propia y un imán también para el que debe luchar contra la tentación de la desesperación. Uno debe ser atraído por la cruz para ver cuán grande es su culpa y humillarse ante ella por el perdón que viene sólo de la cruz de Cristo. Y el otro debe ser atraído por la cruz para ver cuán completo es el amor y la obra de Cristo al hacer el sacrificio que paga por los pecados del mundo y, por lo tanto, también por sus pecados.

Por lo tanto, la confesión de aquellos que luchan contra la tentación de la justicia propia es la oración de Jacob: “¡No merezco todas las misericordias y toda la verdad con que has tratado a tu siervo!” (Ge 32:10). Es la oración de Isaías: “Todas nuestras justicias [son] como trazo de inmundicia” (Isa 64:6). Y la oración del desesperado es la confesión de Juan el Bautista: “¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Jn 1:29). Es la certeza de san Juan el apóstol: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Jn 1:7). Tanto el que lucha contra la justicia propia como el que lucha contra la desesperación tiene una cruz pesada. Porque el viejo *yo* no renuncia a reclamar el mérito, tampoco desea ceder su culpa a otro. Sólo por la gracia de Dios y por el poder de su Espíritu en la ley y en el evangelio esa lucha es posible. Solamente debido a la gracia de Dios y al poder de su Espíritu en la palabra y en los sacramentos esa cruz puede ser llevada y es llevada con éxito por innumerables santos en la vida común.

En resumen, el llevar la cruz negando el *yo* es tomar a Cristo y su palabra seriamente tanto en la ley como en el evangelio. El *yo*, enérgicamente y con todas sus fuerzas, siempre se resiste a cada intento de hacer eso. Por lo tanto, a la obra de la negación del *yo* bien se le llama una cruz.

Como ya se ha observado, la cruz puede cambiar su apariencia externa de una época a otra, de una persona a otra, de un tiempo en la vida a otro. Las pequeñas astillas pueden conmovier y pueden ser configuradas de manera diferente, pero su esencia sigue siendo la misma. Es la lucha de negar el *yo* y más bien seguir a Jesús. Es la lucha para seguirlo por voluntad propia, incluso con gusto, desafiando a la generación adúltera y pecadora que todavía permanece en nuestro propio corazón así como en el mundo. Es la negación del *yo* que comienza con una lucha en la voluntad, continúa con la lucha en la mente, en la razón y está plagada de obstáculos de principio a fin en las emociones.

Mucho se hace evidente cuando llevar la cruz se define como Jesús lo define en Marcos 8. Llevar la cruz es la negación del *yo* por amor a Jesús y su palabra. Por eso, cualquier cosa que trate de alejarnos de Jesús y su palabra está confabulada con esta generación adúltera y pecadora. La lucha contra la tentación es una cruz debido al *yo* que le atrae la tentación. Entre más atractiva sea para el *yo*, más difícil será la resistencia. Al *yo*, por ejemplo, le encanta que lo halaguen y lo mimen; por lo tanto, la aprobación y la alabanza del mundo hace

más difícil confiar en Cristo y en su palabra, puesto que me gusta escuchar del mundo que ya soy lo suficientemente bueno y mejor que la mayoría. Las presiones que el mundo ofrece en abundancia, apartan rápidamente mi mirada de la cruz de Cristo y de la palabra a la comodidad y a la soltura como fines en sí en los que vale la pena poner toda mi atención.

Por otro lado, la persecución externa que puede resultar de una confesión de fe en Cristo o el ridículo que sigue a tal confesión es una cruz. ¿Por qué? ¿Debido a que de por sí es dolorosa? Sin duda. Pero todavía más que eso, es la cruz debido a la carne, al *yo*, que se resiste a la causa y el origen real del dolor, concretamente, a Cristo y su evangelio. Y el *yo* está listo a señalar que esa persecución y ese ridículo se pueden evitar con facilidad simplemente guardando silencio, manteniendo la conexión con Cristo y su palabra en secreto, es decir, separando la fe de la vida. El *yo* se esfuerza sin cesar para hacer precisamente eso; porque si la fe se puede separar de la vida, la fe misma pronto morirá. Sólo con la muerte de la fe desaparece la cruz en esta vida. Entonces, la unión con la generación adúltera y pecadora está completa, y el intercambio se ha hecho: Cristo se ha ido, el oropel del mundo se ha ganado; la vida eterna se ha ido, el alma está condenada y sentenciada.

Aquí hay un contraste digno de observar: Hay veces cuando al *yo* no le importa la hostilidad del mundo. A la persona ávida o a la perezosa le puede importar muy poco la hostilidad del mundo. El borracho y la adúltera declarada y el ladrón pueden haber superado hace mucho tiempo cualquier interés en lo que el mundo piense. Los sinvergüenzas están dispuestos a soportar todo el dolor, toda la hostilidad, y hasta la posibilidad de dolor y hostilidad, en su lucha por alcanzar su propia voluntad, en su lucha por satisfacer al *yo*. ¿Pero la hostilidad del mundo por amor de Cristo y su palabra? Eso es otro asunto. La carne protesta a gritos. El *yo* chilla que si Dios fuera realmente Dios, cuidaría y protegería a los suyos. El *yo* aparta la mirada de Cristo y de sus promesas y la pone en lo visible y en el dolor del momento. El *yo* grita que todo es por culpa de Cristo. El *yo* está dispuesto a soportar toda forma de hostilidad en beneficio de la propia satisfacción; pero rechaza y huye y resiste la menor inconveniencia o molestia por amor de Cristo y su Palabra. El que la propia satisfacción termine en nada, en frustración, en muerte, mientras Cristo y su palabra tienen bendiciones eternas no altera la hostilidad del *yo* en lo mínimo. ¿No está claro? De hecho, tenemos una lucha que es muy dolorosa y una cruz que es difícil de llevar. La lucha es contra el *yo*; la cruz es negar el *yo*.

Por eso, no todo sufrimiento es una cruz y el sufrimiento de por sí no es una cruz. El sufrimiento *se convierte* en una cruz no sólo porque es dolorosa en sí, sino porque tienta al alma a alejarse de Cristo y su palabra. La enfermedad todos la padecen. Pero la enfermedad se convierte en una cruz cuando el *yo* la usa para poner en duda las promesas de la presencia del Dios bondadoso. La muerte viene a todos. Se convierte en una cruz cuando el *yo* usa la muerte para argumentar que estamos solos en el mundo, que la muerte termina todo, y que nosotros debemos por lo tanto servir al *yo* mientras todavía podamos. La lucha personal contra un gran pecado es una cruz en la que el *yo* usa la tentación como una excusa para perder la esperanza de la misericordia de Dios si caemos y una excusa para la justicia propia si no caemos. Es la relación con Cristo y su palabra la que hace que el sufrimiento y la

tentación sean una cruz. Es la atracción de la generación adúltera y pecadora al *yo* siempre adúltero y pecaminoso lo que hace que la resistencia sea una lucha y una cruz. Esas relaciones son las que distinguen llevar la cruz del sufrimiento que es la suerte de toda humanidad en un grado u otro.

Por lo tanto, la teología de la cruz es el estudio de la palabra de Dios que busca la relación entre su cruz y la nuestra. Examina nuestra cruz como ese don necesario de Dios bajo el cual entramos finalmente al reino de gloria cuando Dios determine que el tiempo para llevar la cruz ha terminado y el tiempo para llevar la corona ha llegado. En el cielo ya no llevamos la cruz, porque en el cielo el *yo* pecador finalmente ha sido puesto totalmente a un lado y Cristo se ha convertido en el todo.